

Dulce

Federico J. Asiss González

Universidad Nacional de San Juan

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

La dulzura en la mentalidad medieval

El dulzor es una sensación que puede producirse en uno o varios sentidos. En un modo restringido, se vincula con el gusto, en el contacto entre la lengua y los alimentos o bebidas. En el español moderno, la dulzura se define como una sensación suave del paladar nacida de la interacción con alimentos, como el azúcar o la miel. Pero en un sentido amplio, la noción excede los márgenes de una mesa. Unas acepciones más adelante la **Real Academia Española** reconoce que puede aplicarse el adjetivo a una situación grata, apacible y a las maneras dóciles y afables de una persona. Así, tan dulce puede ser algo concreto como las frutas y las personas, o abstracto y efímero como los sueños y las acciones.

Así, la dulzura opera como un denominador común de percepciones diversas que acaban remitiendo a una sensación subjetiva de agrado, bienestar o atracción hacia la fuente del estímulo. Esta situación da cuenta de una intersensorialidad distinta de la sinestesia que tiene que ver con la intervención de dos o más sentidos que complejizan la sensación resultante: se pueden saborear colores o ver la música; en el caso del dulzor ocurre lo inverso. Diversos estímulos captados por órganos sensoriales distintos provocan sensaciones que la conciencia designa con un término comodín: “dulce”.

Sin embargo, esto no es una pereza denominativa propia de nuestra época, sino que remite a una tradición de raíces clásicas que la Edad Media legó a las lenguas romances. Ya la palabra latina “dulcis”, ancestro directo del castizo dulce, era capaz de operar en la plurisensorialidad: migraba de la boca al ojo y del oído o la nariz al tacto habitando como metáfora en la mente. Los romanos también eran capaces de sentir dulzura en toda la extensión de su cuerpo y conciencia.

La tradición aristotélica (**De anima**; **De sensu et sensato**) había fijado una jerarquía de los sentidos que iba de los más concretos y, por ello, bajos, a los más etéreos: tacto, gusto, olfato, oído y vista. Escalafón que fue la base de la teoría tomista en la **Suma Teológica** (e. 1265-1274). Para Tomás de Aquino (†1274) el gusto era una de las formas del tacto, pues se necesita del contacto con la sustancia saporífera para degustarla, y por ello la dulzura, en términos físicos, era

Sensonario: diccionario de términos sensoriales

Gerardo Fabián Rodríguez (dir.)

1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2021.

ISBN 978-987-544-994-7

una de las sensaciones más bajas frente a la contemplación de la que era capaz el ojo: no olvidemos que Dios era ante todo luz (“lux Dei”).

En contraste, aunque muy encarnados en la materialidad de la creación, durante toda la Edad Media los sabores dulces fueron escasos, especialmente los de la caña de azúcar, y, por eso mismo, costosos. Esto volvía al dulzor, consumido como alimento y medicina, un lujo al alcance de pocos. Lo dulce era una fuente de placer, salud y distinción social, que se constituyó en la forma sensorial de lo agradable desde tiempos de Roma, pero en el mundo medieval trascendió hasta llegar a definir a una divinidad dulcificada (“dulcedo Dei”).

En efecto, aunque una fuente de placer tan importante siempre despertaba las suspicacias de la Iglesia, no todo tipo de dulzura era moralmente peligrosa. La **Biblia** de san Jerónimo († 420) recurrió al término para referirse a Dios y, en la Plenitud medieval, Bernardo de Claraval (†1153) lo usó extendidamente en sus escritos. En uno de sus sermones, dedicado al sacramento de la eucaristía, definió a Jesús como aquel dulce en su voz, en su rostro, en su nombre, en sus obras y más dulce aun en su futura visión divina en majestad.

La mística occidental, al igual que ya lo había hecho la literatura clásica, descubrió en la dulzura un recurso discursivo indispensable para describir la experiencia de la contemplación divina. Para el cisterciense, la dulzura del rostro del Nazareno era en tal grado elevada que su belleza superaba no solo a todos los hijos del hombre, sino también a los millares de ángeles. Mientras que su suave y dulce nombre derramaba al pronunciarlo aceite perfumado —“oleum effusum nomen tuum”.

Bernardo no estaba inventando ningún uso nuevo, sino tomando la versión latina de los **Salmos**, en los que se asocia a Dios con la dulzura. La **Biblia** invita a experimentar la dulzura de la divinidad, a degustarla como se enuncia en el salmo 33:9: “gstate et videte quoniam suavis est Dominus”. “Suavis” puede traducirse como dulce: ambos términos se oponen a “amarus” (Samuel 19:35) y son percibidos casi como sinónimos indiferenciables por los romanizadores castellanos de la **Biblia**. Así, en los manuscritos E8/E6 el versículo “carmen musicum quod suavi dulcique sono canitur” (Ez. 33: 32) se tradujo como “canto de cantores que cantan en dulce son”, quedando yuxtapuestos “suavi” y “dulci” en el castellano “dulce”.

La **Biblia**, especialmente los **Salmos** y el **Cantar de los cantares**, al adquirir su forma latina dieron cuenta de la pluralidad semántica de “dulcis”. Lo mismo ocurrió con sus primeras versiones en romance castellano. La divinidad, pero también las frutas, la miel, la voz y la música, además de los perfumes, eran dulces. El **Antiguo Testamento** es abundante en referencias a la dulzura. Por ejemplo, el maná, equiparado luego a la eucaristía, era un alimento dulce semejante a hojuelas, buñuelos y tortas de miel.

Por su parte, la literatura sapiencial y los libros de caballería han dejado registro de las múltiples percepciones de la dulzura. Atractivas como una fruta madura eran las voces y los instrumentos armoniosamente ejecutados. Los cantos

Sensorario: diccionario de términos sensoriales

Gerardo Fabián Rodríguez (dir.)

1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2021.

ISBN 978-987-544-994-7

podían ser muy seductores, como experimentó el viejo Ulises, pero más peligrosas resultaban las palabras y las lenguas dulcificadas. Su dulzura seducía los oídos. Tanto el *Libro del caballero Zifar* (c. 1300) como, antes que él, el sapiencial *Bocados de oro* (m. s. XIII) advertían sobre las dulces palabras, pues podían encubrir mentiras y engaños. Sin embargo, no toda palabra dulce era necesariamente mala: si eran verdaderas serían muy amadas por Dios.

En consecuencia, la dulzura se ubicaba entre la verdad, que era Dios, y la mentira, capaz de adquirir formas exteriores veraces sin perder su interior amargo. No había palabras más dulces para los oídos de la carne y los del alma que las divinamente ordenadas y, no obstante, la marca del pecado volvía incapaces a los hombres de diferenciarlas de otras, igual de azucaradas al comienzo, aunque luego muy amargas. Los *Castigos* de Sancho IV (†1295) advertían sobre los peligros de la mentira y el engaño que se vertían en melifluos envases.

Existe un vínculo etimológico entre “dulcis”, “suavis” y “(per)suadeo”. Persuadir significa literalmente endulzar. Con un uso metafórico, lo dulce excedía las referencias alimenticias y se sinonimizaba con “suavis”, utilizado para referirse a una sensación agradable, sin hacer distinción de sentidos. La literatura latina ya había aplicado “dulcis” para aludir a toda fuente de placer, y la del amor cortés continuó recurriendo a esta metáfora para describir a damas, festines y espacios. No obstante, la literatura sapiencial se ocupó de analizar los peligros para la salvación que podían acarrear palabras dañinas enmascaradas de dulzor.

En este sentido, don Juan Manuel (†1348) es uno de los autores medievales que vincula los efectos que el dulce genera en la boca con los que puede producir en el oído. Dice en el prólogo del *Libro del conde Lucanor* (e. 1331-1335) que, así como los médicos recurrían al azúcar para que la medicina fuese absorbida por el hígado, él utilizó historias amenas e interesantes para hacer llegar un mensaje que de otro modo pocos habrían tomado.

Así como el gusto permitía que la medicina ingresase al cuerpo camuflada por un dulce gusto, también podía hacerlo el veneno. El *pharmakón* griego revestía el significado doble de remedio y veneno. De igual modo, las palabras almibaradas podían portar hacia los oídos incautos mensajes de condenación, así como de salvación. Ramón Llull (†1316) en el *Llibre de meravelles* (e. 1287-1289) nos habla de un rey que, temiendo a estos riesgos del discurso, buscó un medio para evitarlos. En su búsqueda le fue obsequiado un libro sin palabras: el *Llibre de plasent Visió*. Estaba conformado exclusivamente de imágenes dibujadas por un clérigo a partir de historias que conoció de otros códices y de su experiencia en el mundo. Pero, este libro no solo se define por el sentido de la vista en su nombre, sino también por el uso que el rey hace de él: la mirada real no se desliza por las letras, discurre por un libro “bell, e ben pintat e affigurat”. Y, a partir de esa mirada reconcentrada, logra acceder por los ojos espirituales — “uylls speritals” — a la contemplación de Dios.

La *Biblia* ya veía a las palabras hermosas y veraces como panales de miel, dulce para el alma y medicina para el cuerpo — “favus mellis verba composita

Sensonario: diccionario de términos sensoriales

Gerardo Fabián Rodríguez (dir.)

1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2021.

ISBN 978-987-544-994-7

dulcedo animae et sanitas ossuum” (Proverbios 16:24). Dulzura que podía efectivamente comprobarse en la lengua, como le ocurrió a Ezequiel, quien por mandato de Jehová comió un rollo con palabras sagradas, las cuales les supieron “sicut mel dulce” (Ez. 3:3). En contraste, los dichos engañosos eran capaces de confundir en su exterioridad: mezclando bien y mal, luz y tinieblas, dulce y amargo (Is. 5:20). Pero, incluso en la maldad puede haber una dulzura diabólica, ya que no radica en la cosa, sino en la percepción placentera del sujeto. Por ello, para el malvado, las palabras maléficas eran disfrutadas como un oculto y dulce placer retenido en su paladar que luego sería castigado por Dios al convertir ese alimento en veneno de serpiente en sus entrañas.

En suma, el dulce atraviesa toda la mentalidad medieval como un espacio sensorial para el agrado físico y espiritual. Su raro placer permitió a los religiosos sensorializar la presencia divina, pero también a los poetas encarnar el amor, la atracción por la belleza o el placer en cualquiera de sus formas. Por su facilidad para ganar las voluntades humanas, tan dadas al placer, fue sospechado por la Iglesia y los moralistas, quienes advirtieron a los hombres poderosos sobre los riesgos de caer bajo malos consejos presentados en bellas y dulces palabras. El dulzor, como la belleza, no podían ser rechazados del todo pues encontraban su razón última en Dios, pero sí podían dosificarse y regularse para que fueran un remedio para las almas y no un veneno. En la medida estaba la clave de su valor moral para la Edad Media.

Bibliografía

- ENRIQUE-ARIAS, Andrés (dir.), **Biblia Medieval**. En línea en <http://www.bibliamedieval.es> [19/07/2021]
- GOLDSTEIN, R. James, “Dolcezza: Dante and the Cultural Phenomenology of Sweetness”, **Dante Studies, with the Annual Report of the Dante Society**, 132 (2014), pp. 113-143.
- RODRÍGUEZ, Gerardo y CORONADO SCHWINDT, Gisela (dirs.), **Abordajes sensoriales del mundo medieval**, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Humanidades, 2017.
- RODRÍGUEZ, Gerardo, PALAZZO, Éric y CORONADO SCHWINDT, Gisela (dirs.), **Paisajes sonoros medievales**, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2019.